

tal vez disimulará los yerros y descuidos del autor en gracia del deseo de ser útil, que es lo que le ha puesto la pluma en la mano para escribir estas vidas.

Junio de 1807.

EL CID.

Quando se fijan los ojos en los tiempos antiguos de nuestra historia, la vista no percibe mas que sombras, donde estan confundidos los personajes, los caracteres y las costumbres. La mayor sagacidad, la mas diligente critica, no pueden abrirse camino por medio de las memorias rudas y discordes, de los privilegios controvertidos, y de las tradiciones vagas que nos han dejado nuestros abuelos por testimonios de sus acciones. Si despues de una prolija indagacion se cree haber descubierto la verdad en este ó aquel hecho, otras consideraciones y otras pruebas vienen al instante á hacer incierto el descubrimiento; y el resultado de un trabajo tan fastidioso no es en los escritores sino una serie mas ó menos coordinada de conjeturas y probabilidades.

En medio de semejante oscuridad se divisa un

AUTORES CONSULTADOS: Risco, historia del Cid.—Sandoval, historia de los cinco Reyes.—Mariana.—Crónica general.—Escolano, historia de Valencia.—Historia de la dominación de los árabes en España por Don José Antonio Conde.

campeon, cuya fisonomía, ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autores, no puede determinarse exactamente, pero cuyas proporciones colosales se distinguen por entre las nieblas que le rodean. Este es Rodrigo Díaz, llamado comunmente el CID CAMPEADOR, objeto de inagotable admiración para el pueblo, y de eternas disputas entre los críticos; los cuales, desechando por fabulosas una parte de las hazañas que de él se cuentan, se ven precisados á reconocer por ciertas otras igualmente extraordinarias.

Muchas de las fábulas, sin embargo, se hallan tan asidas á la memoria del Cid, que sin ellas la relación de su vida parecerá á muchos desabrida y desnuda de interés. La imaginación hallaba allí un alimento apacible, y veía señalados todos los pasos de este personaje con circunstancias maravillosas y singulares. Aquel desafío con el Conde de Gormaz, los amores y persecución de su hija, el dictado de Cid con que le saludan los Reyes moros cautivos, su expedición bizarra á sostener la independencia de Castilla contra las pretensiones orgullosas del Emperador de Alemania, todo preparaba el ánimo á la admiración de las hazañas siguientes. Mas estos y otros cuentos adoptados imprudentemente por la historia, han sido ya confinados á las novelas, á los romances y al teatro, donde se ha hecho de ellos un uso tan feliz; y Rodrigo por ser menos singular en su juventud, no se presenta menos admirable en el resto de su carrera.

Nació en Burgos, hácia la mitad del siglo XI, de Don Diego Lainez, caballero de aquella ciudad, que contaba entre sus ascendientes á Don Diego Porcelos, uno de sus pobladores, y á Lain Calvo, juez de Castilla. Reinaba entonces en esta provincia Fernando I, que, reuniendo en su mano el dominio de Leon, Castilla y Galicia, fundó la preponderancia que despues gozó la nación castellana sobre las demas de la península. Este Monarca tuvo cinco hijos, y á todos quiso dejarlos heredados en su muerte. Ni las desgracias sucedidas por igual división que hizo su padre el Rey de Navarra Don Sancho el Mayor, ni las representaciones de cuantos hombres cuerdos habia en su corte, pudieron moverle de su intento. El amor de padre lo venció todo; y por hacer Reyes á sus hijos labró la ruina de dos de ellos, y sumió al estado en los horrores de una guerra civil. Cupo en la partición Castilla á Sancho, Leon á Alfonso, y Galicia á Garcia; las dos Infantas Urraca y Elvira quedaron heredadas, esta con la ciudad y contornos de Toro, aquella con Zamora; y se dice que todos por mandado del padre juraron respetar esta división, y ayudarse como hermanos. Vana diligencia, jamás respetada por la ambición, y nunca menos que entonces: porque Don Sancho, superior en fuerzas, en valor y en pericia á sus hermanos, luego que murió su padre, revolió el pensamiento á despojarlos de su herencia, y á ser el único sucesor en el imperio del Rey difunto.

1065. Era entonces muy joven Rodrigo Diaz, huérfano de padre, y Don Sancho, por gratitud á los servicios que Diego Lainez habia hecho al estado, tenía á su hijo en su palacio, y cuidaba de su educacion. Esta educacion seria toda militar; y los progresos que hizo fueron tales, que en la guerra de Aragon y en la batalla de Grados, donde el Rey Don Ramiro fué vencido y muerto, no hubo guerrero alguno que se aventajase á Rodrigo. Por esto el Rey, que para honrarle le habia armado poco antes caballero, le hizo alférez de sus tropas, que en aquellos tiempos era el primer grado de la milicia, al modo que despues lo fué la dignidad de Condestable.

Desembarazado Sancho de las guerras extrañas, volvió su pensamiento á la civil, que tal puede llamarse la que hizo al instante á sus hermanos. Los historiadores estan discordes sobre á quién de ellos embistió primero; mas la probabilidad está por la opinion comun, que designa á Don Alfonso como la primera víctima. Sus estados lindaban con los de Sancho, y no es creible que este quisiese atacar antes al mas lejano. La lucha no podía durar mucho tiempo entre dos concurrentes tan desiguales. El Rey de Castilla ardiente, esforzado, ferroz, con un poder mucho mas grande, con una destreza militar superior á la de todos los generales de su tiempo, debía arrollar facilmente al de León, mucho mas débil, muy joven todavía, y falto de práctica en las cosas de la guerra. Mas no

por eso este Principe se dejó arruinar sin estrago y peligro de sus contrarios. Vencido en las primeras batallas, toma fuerzas de su situacion desesperada, junta nuevo ejército, y vuelve á encontrar á su hermano á vista de Carrion. Su ímpetu fué tal, que los castellanos, rotos y vencidos, abandonaron el campo de batalla, y se encomendaron á la fuga. Rodrigo en este desastre, lejos de perder el ánimo, aconseja al Rey, que reuniendo sus tropas dispersas, acometa aquella misma noche á los vencedores: ellos, le dijo, *se abandonarán al sueño con el regocijo de la victoria, y su confianza va á destruirlos.* Hecho así, los castellanos, puestos en órden por Rodrigo y el Rey, dan con el alba sobre sus contrarios, que descuidados y dormidos no aciertan á ofender ni á defenderse, y se dejan matar ó aprisionar. Alfonso huyendo se refugia á la iglesia de Carrion, donde cae en manos del vencedor, que le obliga á renunciar el reino, y á salir desterrado á Toledo, entonces poseida de los moros.

La guerra de Galicia fué mas pronta y menos disputada, aunque con mas peligro de Don Sancho. Su hermano Garcia tenia enagenadas de sí las voluntades de sus vasallos. Cargados de contribuciones, atropellados por un favorito del Rey, á quien habia abandonado toda la administracion, su paciencia llegó al término, y convertida en desacato, á los ojos mismos del Monarca hicieron pedazos al privado. Con esto, divididos en facciones

y mal avenidos, no pudieron sostenerse contra los castellanos, que entraron pujantes en Galicia. Huyó Don García á Portugal, y con los soldados que quisieron seguirle, ó vinieron á defenderle, quiso probar ventura junto á Santaren, y dió batalla á su hermano. Pelearon él y su gente como desesperados, y la fortuna al principio los favoreció: Don Sancho se vió en poder de sus enéimigos, y García, dejándole entregado á unos caballeros, voló á perseguir los fugitivos. Entre tanto el Cid con su hueste, aun entera, acometió á la parte donde estaba el Rey de Castilla prisionero, y disipando la guardia que le custodiaba, se apoderó de él, y poniéndole á su frente, salió á buscar á Don García. Volvia éste de su alcance cuando le anunciaron el vuelco que habian dado las cosas, y sin desmayar por ello, acometió á los castellanos; pero á pesar de su esfuerzo vióse arrancar la victoria que ya tenia, y precisado á entregarse prisionero al arbitrio de su rival, que le despojó de reino y libertad, y le envió al castillo de Luna.

Sería mejor quizá para el honor de la especie humana pasar en silencio estos escandalosos debates, hijos de una ambicion desenfrenada, que olvida enteramente los lazos mas sagrados de la alianza, de la compasion y la sangre. Señor de Castilla de Galicia y de Leon, Sancho II no se consideraba Rey, si no poseia tambien la corta porcion de sus débiles hermanas. Lanzó de Toro á Elvira, y puso sitio sobre Zamora. Aqui la suerte le tenia

guardado el término de su carrera; y el terror de tantos Reyes se estrelló en una ciudad defendida por una flaca mujer. Cuando mas apretado tenia el sitio, Vellido Dolfos, un soldado de Zamora, salió de la plaza á manera de desertor, ganó la confianza del Rey, y sacándole un dia para enseñarle una parte del muro que por ser mal defendida podia facilitar la entrada en el pueblo, halló modo de atravesarle con su mismo venablo, y huyó á toda carrera á Zamora. Dicese que Rodrigo, viendo de lejos huir al asesino, y sospechando su alevosía, montó á caballo aceleradamente, y que por no llevar espuelas no pudo alcanzarle: de lo cual irritado maldijo á todo caballero que cabalgase sin ellas.

Mas, dejando á parte todas las fábulas que se cuentan de este sitio, luego que fué muerto Don Sancho, los leoneses y gallegos se desbandaron, y los castellanos solos quedaron en el campo acompañando el cadáver, que fué llevado á sepultar en el monasterio de Oña. Entre tanto Don Alonso, avisado de aquella gran novedad, partió á toda prisa de Toledo á ocupar los estados del difunto. En Leon no hubo dificultad ninguna; y en Galicia, aunque Don García pudo escaparse de su prision, y trató de volver á reinár, fué arrestado otra vez; y Don Alonso, tan culpable con él como su hermano, le condenó á prision perpetua, y ocupó su trono. Castilla presentaba mas obstáculos: irritados sus naturales de la muerte alevosa de su

Rey, no querian rendir vasallaje á Alfonso, mientras él por su parte no jurase que aquella infamia se habia cometido sin participacion suya. Avínose el Rey á hacer la protestacion solemne de su inocencia; mas ninguno de los Grandes de Castilla osaba tomarle el juramento por miedo de ofenderle. Solo Rodrigo se aventuró á representar la lealtad y entereza de su nacion en la ceremonia, y esta se celebró en Santa Gadea de Burgos delante de toda la nobleza. Abierto un misal, y puestas el Rey sus manos en él, Rodrigo le preguntó: *¿Jurais, Rey Alfonso, que no tuvisteis parte en la muerte de Don Sancho por mandato ni por consejo? Si jurais en falso, plega á Dios que murais de la muerte que él murió, y que os mate un villano, y no caballero.* Otorgó Alfonso el juramento con otros doce vasallos suyos, y repitióse otra vez; mudándosele en ambas el color al Rey, ya abochornado de la sospecha, ya indignado del atrevimiento. No falta quien deseche tambien esta incidencia como una fábula: pero ademas de no ser muy fuertes las razones que se alegan para ello, cuadra tan bien con las costumbres pundonorosas del tiempo, hace tanto honor á Rodrigo, y da una razon tan plausible del rencor que toda su vida le tuvo el Rey, que no he querido pasarla en silencio.

Al principio no estuvo descubierto este odio, ni la política lo aconsejaba. Rodrigo enlazado con la familia Real por su muger Doña Ximena Diaz,

hija de un Conde de Asturias, acompañó al Rey en sus primeros viajes; fué nombrado campeon en varios pleitos, que segun la jurisprudencia de entonces habian de decidirse por las armas, y fué enviado á Sevilla y á Córdoba á cobrar las parias que sus Príncipes pagaban á Castilla.

Hacíanse entonces guerra el Rey de Sevilla y el de Granada, á quien auxiliaban algunos caballeros cristianos. Estos con los granadinos venian la vuelta de Sevilla para combatirla; y aunque el Cid les intimó que respetasen al aliado de su Rey, ellos despreciaron su aviso, y entraron por las tierras enemigas talando los campos y cautivando los hombres. Rodrigo entonces salió á su encuentro al frente de los sevillanos, los atacó junto al castillo de Cabra, los derrotó enteramente, y volvió á Sevilla, cuyo Príncipe no solo le entregó las parias que debia, sino que le colmó de presentes, con los cuales honrado y enriquecido se volvió á su patria.

En ella le aguardaba ya la envidia para hacerle pagar las ventajas de gloria y de fortuna que acababa de conseguir. Tuvo Alfonso que salir de Castilla á sosegar algunos árabes alborotados en la Andalucía, y Rodrigo postrado por una dolencia no pudo acompañarle. Los moros de Aragon, valiéndose de la ausencia del Rey, entraron por los estados castellanos, y saquearon la fortaleza de Gormaz; lo cual sabido por Rodrigo, aun no bien cobrado de su enfermedad, salió al instante á ellos

con su hueste , y no solo les tomó cuanto habian robado , sino que , revolviendo hácia Toledo , hizo prisioneros hasta siete mil hombres con todas sus riquezas y haberes , y se los trajo á Castilla. Era el Rey de Toledo aliado de Alfonso VI , y por lo mismo este y toda su corte llevaron á mal la expedicion del Cid. *Rodrigo* , decian los envidiosos , *ha embestido las tierras de Toledo , y roto los pactos que nos unian con aquella gente , para que irritados con su correría , nos cortasen la vuelta en venganza , y nos hiciesen perecer*. Alfonso entonces , dando rienda al encono que le tenia , le mandó salir de sus estados , y él abandonó su ingrata patria con los pocos amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna.

1076.

El poder de los moros en aquella época habia degenerado mucho de su fuerza y extension primitiva. Extinguido el linaje de los Abenhumeyas , que dominaron á todos los árabes de España , su imperio se desmoronó , y cada provincia , cada ciudad , cada castillo tuvo su reyezuelo independiente , casi todos tributarios de los cristianos. Debilitados por otra parte con el regalo del clima , y entibiado su fanatismo , estaban muy distantes de aquel valor intrépido y sublime , que en sus primeros tiempos habia espantado y dominado la mitad del universo. Nuestros Príncipes , al contrario , se extendian y aseguraban , y contemplando la diferente posicion de las dos naciones , se extraña cada vez mas que nuestros ascendientes no arrojasen

mas pronto de la península á los moros. Pero los Reyes y los pueblos , que debieran emprenderlo , estaban mas divididos entre sí que debilitados sus enemigos ; y la particion impolítica de los estados , las guerras intestinas , las alianzas con los infieles , los socorros que se les daban en las guerras que ellos se hacian , todo contribuyó á alejar la época de una reunion en que estaba cifrada la restauracion de España.

En tal situacion de cosas no es difícil de presumir , á pesar de la oscuridad de los tiempos y contrariedad de los escritores , cual fué la suerte del Cid despues de su destierro. Cuando una region se halla dividida en estados pequeños , enemigos unos de otros , es frecuente ver levantarse en ella caudillos , que fundan su existencia en la guerra , y su independencia en la fortuna. Si la victoria corona sus primeras empresas , al ruido de su nombre y de su gloria acuden guerreros de todas partes á sus banderas , y aumentando el número de sus soldados , consolidan su poderio. Especie de Reyes vagabundos , cuyo dominio es su campo , y que mandan toda la tierra en donde son los mas fuertes. Los régulos , que los temen ó los necesitan , compran su amistad y su asistencia á fuerza de humillaciones y de presentes : los que les resisten tienen que sufrir todo el estrago de su violencia , de sus correrías y de sus saqueos. Cuando ningun Príncipe los paga , la máxima terrible de que la guerra ha de mantener la guerra es se-

guida en todo rigor, y los pueblos infelices, sin distincion de aliado y de enemigo, son vejados con sus extorsiones, ó inhumanamente robados y oprimidos. Héros para los unos, foragidos para los otros, ya terminan miserablemente su carrera, cuando deshecho su ejército se deshace su poder; ya dándoles la mano la fortuna, se ven subir al trono y á la soberanía. Tales fueron algunos generales en Alemania cuando las guerras del siglo XVII, tales los capitanes, llamados *condottieri* por los italianos, en los dos siglos anteriores; y tal probablemente fué el Cid en su tiempo, aunque con mas gloria, y quizá con mas virtudes.

La serie de aventuras que los noveleros le atribuyen en esta época daría materia á un cuento interesante y agradable, pero fabuloso: las memorias históricas, al contrario, no presentan mas que una sucesion de guerrillas, cabalgadas y refriegas sin incidentes, sin variedad y sin interes. Su narracion seca por necesidad, sumaria y monótona, fatigaría al historiador sin instruccion alguna ni placer de los lectores. Por tanto, parece que bastará decir lo único que se puede saber. Rodrigo, saliendo de Castilla, se dirigió primero á Barcelona, y despues á Zaragoza; cuyo Rey moro Almoctader murió de allí á poco tiempo, dejando divididos sus dos estados de Zaragoza y Denia entre sus dos hijos Almuctaman y Alfagib. Rodrigo asistió siempre al primero; y Zaragoza, defendida por él de los ataques que contra ella intentaron Alfagib, el Rey

de Aragon Don Sancho Ramirez, y el Conde de Barcelona Berenguer, le debió la constante prosperidad que gozó mientras la vida de Almuctaman. Sus enemigos, ó no osaban pelear con Rodrigo, ó eran vencidos miserablemente si entraban en batalla; y el Rey de Zaragoza, cediendo á su campeon toda la autoridad en el estado, colmándole de honores y de riquezas, aun no creia que acertaba á galardonar tantos servicios.

Asi se mantuvo el Cid hasta la muerte de aquel Príncipe: despues se resolvió á volver á Castilla; y el Rey Alfonso, contento con la conquista de Toledo que acababa de hacer, le recibió con las muestras mayores de honor y de amistad. Hízole muchas y grandes mercedes; entre ellas la de que fuesen suyos y libres de toda contribucion los castillos y villas que ganase de los moros. Rodrigo levantó un ejército de siete mil hombres, se entró por tierras de Valencia, libró á esta ciudad del sitio que tenia puesto sobre ella el Conde Berenguer; y hecho tributario el régulo que la mandaba, marchó á Requena, donde se detuvo algun tiempo.

Inundaban entonces los almoravides las costas orientales y occidentales de España, y parecia que la buena fortuna de los árabes, viéndolos tan humillados en la península, habia suscitado para vigorizarlos esta nueva gente, que á manera de raudal impetuoso se derramó por toda la Andalucía. Criados á la sombra del fanatismo y de la independencia, y sacudidos despues por la ambicion,

los almoravides salieron del desierto de Zahara conducidos por Abubeker, su primer gefe: entraron en la Mauritania, donde ganaron á Segelmesa, y extendieron sus conquistas hasta el Estrecho, ocupando á Tanger y á Ceuta. Jucef, sobrino y sucesor de Abubeker, fundó á Marruecos, estableció en ella la silla de su imperio, y tomó el título de Miramamolín ó comandante de los musulmanes. Quizá el mar hubiera contenido esta plaga; pero el Rey de Sevilla Benavet la llamó sobre sí, creyendo que con su auxilio se haría señor de todas las provincias que en España poseían los moros. Era suegro de Alfonso VI por su hija Zaida, casada con el Monarca castellano; y esta grande alianza exaltó de tal modo su ambición, que ya no cabía en los estados que pacíficamente le obedecían. Tuvo Alfonso la flaqueza de condescender con sus deseos, y apoyó la demanda del auxilio que se pidió á Jucef. Los almoravides vinieron mandados por Aly, capitán valiente, ejercitado en la guerra, y locamente ambicioso; y su venida á nadie fué mas fatal que á los imprudentes que los llamaron. Por una ocasión ligera los berberiscos se volvieron contra los sevillanos, cuyo Rey fué muerto en la refriega, y Aly, apoderándose del estado que habia venido á auxiliar, hizo obedecer su imperio á todos los moros españoles, negó vasallaje á Jucef, y se hizo también llamar Miramamolín. Para acabarle de desvanecer la fortuna en el poco tiempo que le favoreció, dos veces se encontraron

los castellanos con él, y dos veces fueron vencidos; la una en Roda y la otra en Badajoz, donde el Rey Alfonso mandaba en persona. Pero este Príncipe, mas estimable aun en la adversidad que en la fortuna, rehizo sus gentes, y acometió al usurpador á tiempo que, desbandado su ejército, no pudo hacer frente á los cristianos, y tuvo que encerrarse en Córdoba. Estrechado allí, no vió otro arbitrio para salvarse que comprar á gran precio la paz de sus enemigos, y hacerse tributario suyo. Pero ni aun así pudo corregir su mala estrella: porque de allí á poco Jucef, respirando venganza, pasó á España, hizo cortar la cabeza al rebelde, afirmó su dominación en la Andalucía toda, y se dispuso á seguir las conquistas de su gente en el país. Con un ejército poderoso, compuesto de sus almoravides y de las fuerzas de los Reyes tributarios suyos, se puso sobre la fortaleza de Halaet, llamada *Alia* por los árabes que hacen mención de este sitio en sus historias, y hoy día conocida con

Estos primeros sucesos de los almoravides en España, especialmente en lo relativo á las revoluciones de Sevilla y guerras de Extremadura, se cuentan con mucha diversidad en la *Historia de los árabes españoles* publicada por Conde. Véanse en el tomo 2.^o, los capítulos 12 y siguientes. Pero como en esta diversidad no hay nada que se refiera á los sucesos de Rodrigo Díaz, se ha dejado subsistir la relación del texto tal cual se extractó de nuestros escritores, siendo bastante advertirlo aquí, para que el lector pueda, si quiere, consultar la obra de Conde y conocer lo que unos y otros dicen.

el nombre de *Aledo*. Alfonso, que prevenia en Toledo tropas para marchar contra Jucef, avisó á Rodrigo que viniese á juntarse con él; y le dió orden de que le esperase en Beliana, hoy Villena, por donde habia de pasar el ejército castellano. Pero aunque Rodrigo se apostó en parte donde avisado pudiese efectuar su union, sea descuido, sea error, ésta no se verificó, y el Rey con sola su presencia ahuyentó á los sarracenos. Aquí fué donde sus enemigos, hallando ocasion favorable al rencor que le tenian, se desataron en quejas y acusaciones. Pudieron ellas tanto con Alfonso, que no contento con desterrar otra vez al Cid de sus estados, ocupó todos sus bienes, y puso en prision á su muger y sus hijos. Rodrigo envió al instante un soldado á la corte, á retar ante el Rey á cualquiera que le hubiese calumniado de traidor. Mas su satisfaccion no fué admitida; bien que ya mas apaciguado el ánimo del Príncipe, permitió á Doña Ximena y sus hijos que fuesen libres á buscar á aquel caudillo; el cual tuvo segunda vez que labrarse su fortuna por sí mismo.

1089. Ni Alfacib, Rey de Denia, ni el Conde Berenguer podian perdonarle sus antiguas afrentas: el Conde principalmente hacia cuantos esfuerzos le eran posibles para vengarlas, y la suerte le presentó, al parecer, ocasion de ello en las tierras de Albarracin. Hechas paces con el Rey de Zaragoza, auxiliado con dinero por el de Denia, y asistido de un número crecido de guerreros, Berenguer fué

á encontrar á Rodrigo, que con su corto ejército se habia apostado en un valle defendido por unas alturas. El Rey de Zaragoza, acordándose de los servicios hechos por el Cid á sus estados, le avisó del peligro que corria. Él contestó que agradecia el aviso, y que esperaría á sus enemigos, cualesquiera que fuesen. El Conde tomó su camino por las montañas, llegó cerca de donde estaba su adversario; y creyendo ya tenerle destruido con la muchedumbre que le seguia, le envió una carta para escarnecerle y desafiarle.

Decíale en ella, que si tanto era el desprecio que tenia hácia sus enemigos, y tanta la confianza en su valor, ¿por qué no se bajaba á lo llano, y dejaba aquellos cerros donde estaba guarecido, mas confiado en las cornejas y en las águilas que en el Dios verdadero? *Desciende de la sierra, añadia, ven al campo, y entonces creeremos que eres digno del nombre de Campeador: si no lo haces, eres un alevoso, á quien de todos modos vamos á castigar por tu insolencia, tus estragos y profanaciones.* A esto respondió Rodrigo, que efectivamente despreciaba á él y á los suyos, y los habia comparado siempre á mugeres, largas en palabras y cortas en obrar. *El lugar mas llano de la comarca, le decia, es este donde estoy: aun tengo en mi poder los despojos que te quité en otro tiempo: aquí te espero, cumple tus amenazas, ven si te atreves, y no tardarás en recibir la soldada que ya en otra ocasion llevaste.*

I.

B